



REVISTA DE LITERATURA, CIENCIAS, TEATROS Y MODAS.

AÑO I.

5 de Octubre de 1871.

NUM. 4.

EL TEATRO.

SU INFLUENCIA EN LAS COSTUMBRES.

Cuando la vida material de un pueblo está en relacion directa con el desarrollo de la inteligencia, es porque los progresos de la civilizacion surten saludable efecto en las costumbres y en las instituciones. Las trasformaciones sociales, evidentes pruebas del progreso, son hijas de las necesidades materiales, afectas á las demás necesidades de la vida del espíritu. Siendo ya este débil por naturaleza, si no existiera algo que alimentara y sostuviera su vigor, que diera alas á la inteligencia, caería en un marasmo fatal por sus consecuencias, que afectarían directamente el progreso intelectual. Pero afortunadamente el arte, que es la facultad de realizar sensiblemente una idea, viene en auxilio de las necesidades del espíritu en su íntima relacion con la materia.

El arte, que en su vasto campo de explotación no se circunscribe jamás á un género determinado, elevando sus manifestaciones hasta lo ideal, revela al hombre las sublimes concepciones del genio, las constantes luchas de la naturaleza y los ignotos y profundos misterios del corazón y del en-

tendimiento. El arte, tomado en absoluto, es una necesidad del progreso, es uno de los elementos auxiliares de la civilizacion, es el idioma universal de la humanidad, es la union eterna del espíritu con la sensibilidad. Estudiar los pueblos á la luz del arte, es estudiar el desarrollo de su perfeccionamiento recíproco y simultáneo. Por eso es ya indisputable la gran influencia que ha ejercido en todas épocas sobre las costumbres; por eso los sábios y los legisladores le han estudiado al través de sus bellas manifestaciones.

Sin estendernos en mas consideraciones sobre el arte que las ligerísimas que dejamos apuntadas, pasaremos á tratar de uno en particular, no en su esencia, sino en sus manifestaciones.

La declamacion, arte de tiempo ó de oído, dió vida al teatro, que para los antiguos era únicamente una estereotipia de las costumbres que debían propagar ó de los vicios que convenia ridiculizar. En vano se intentará rebajar la importancia del teatro, ni negar su influencia en las costumbres de los pueblos. Los críticos sistemáticos y los filósofos declamadores que predicán una moral que no sienten, no se han atrevido, en su afán de condenarlo todo, á hablar

contra el teatro, que tan principal parte tuvo en las civilizaciones antiguas. Grecia no sería un pueblo que figuró en primera línea en los fastos de las civilizaciones antiguas, si el ilustre soldado de Marathon, si Esquilo no hubiese echado los cimientos del teatro griego. Las pasiones dominan á todas las clases de la sociedad, y nada más propio que el teatro para anatematizarlas con ejemplos vivos por medio del arte. La virtud se ha hecho para todos; ningún estímulo hay mejor que esos cuadros en los que se nos presentan de relieve la honradez, la generosidad, la constancia, el valor, el fuego sagrado del amor patrio y todas las demás virtudes públicas ó privadas, que separando al hombre de la senda del mal, por la que le empujan sus pasiones, le convierte en un héroe, ó cuando menos en un ciudadano provechoso á su familia y á su país.

Al sacudir Grecia las tenebrosas nieblas de sus antiguas tradiciones, dió un gran paso hácia la civilización. Los pueblos que siguieron su ejemplo, sintieron muy pronto los saludables efectos de un estado de progreso social que no imaginaban realizable. Los nombres de Aristóteles y Sófocles, regeneradores de la Grecia en sentido moral, han llegado hasta nuestra edad rodeados por la aureola del genio, aclamados por los políticos como los inspiradores de las virtudes cívicas que tanto ennoblecieron al pueblo griego. Las sectas filosóficas mataron en Grecia al teatro, que había sido el principal agente que contribuyó al engrandecimiento é ilustración del pueblo. Los últimos rayos de luz que arrojaba la civilización griega, alumbraron la cumbre del Capitolio, que presidía las marchas triunfales de sus guerreros y los circos de sus gladiadores. El establecimiento del teatro en Roma humanizó las costumbres de los patricios. Ya nadie pensaba en acudir á los circos á presenciar espectáculos repugnantes á la naturaleza y que la civilización rechazaba. Plauto y Terencio eran los nombres que estaban á la órden del día cuando la cultura intelectual de Roma llegó á su mayor grado de perfección. No hay que decir si las costumbres habían llegado también al mismo grado. Eso en Roma no se consiguió nunca, pues si había causa para

lograrlo, existían también mil impedimentos que la desvirtuaban. El teatro, semilla de la cultura intelectual, hizo brotar heroicas virtudes en el fecundo pueblo de Roma. Si no se debió á él la esterpeación de los vicios que minaban el poderío de los romanos, detuvo bastante la carcoma que le destruía.

Recorriendo rápidamente la escala del tiempo, nos detendremos por un momento en la época clásica del teatro. Francia, Italia é Inglaterra se han disputado mucho tiempo la gloria de haber reportado grandes bienes á la sociedad con las máximas y saludables doctrinas que sus grandes autores han espuesto en el teatro. Shakspeare, satisfaciendo las necesidades inherentes de la época en que vivió, legó á la historia un nombre que nadie ni nada borraré, y á la literatura dramática bellos modelos que estudiar. Corneille, Racine y Moliere, cada uno considerado distintamente, hicieron un hábil cotejo de las costumbres antiguas y modernas. Alfieri, con el fin de sublimar el teatro, recurre á la tragedia, que obra prodigiosamente en el pueblo, inspirándole horror al crimen y amor á la virtud.

Si en este ligero bosquejo que hemos trazado acerca de la influencia del teatro en las costumbres, no hemos recurrido á mayores pruebas, es porque comprendemos que son innecesarias, pues la generación actual demasiado se penetra de que la educación de los pueblos es solo realizable cuando un conjunto de circunstancias concurren á ello. El influjo que ejerce el teatro en la educación es patente, y de ningún modo más claro ni más grato se pueden inculcar los principios admitidos en la moral social de nuestro siglo.

Tal vez otro día nos ocupemos en examinar tan importante asunto. Hoy terminaremos este artículo echando una rápida ojeada á nuestro teatro agonizante.

Que el teatro español está en pleno período de decadencia, es cosa que á nadie se oculta, y que aun los amantes de la literatura dramática que hasta ahora han conservado alguna esperanza, lo confiesan con dolor. Si tan deplorable estado es efecto de haberse agotado el númen de nuestros autores, ó de haberse estragado el gusto del público, es la eterna disputa de los que

esgrimen el látigo de la crítica. Quizá las dos causas unidas se opongan con toda su fuerza á que renazca nuestro teatro, á que cobre nueva vida el arte. Si es así, no hay que desesperar aun. El genio nunca muere, decia el inmortal Lope, y esto que respecto á él es una verdad, puede serlo tambien en las escasas glorias que nos quedan. El teatro español es cierto que se halla atacado de una grave dolencia, pero tambien lo es que todavia hoy puede regenerársele, si queremos prescindir de la costumbre de imitacion que se ha desarrollado entre los autores en estos últimos años. Ninguna literatura que se pretenda aclimatar en otro país que no sea el suyo, puede tener larga vida. La esperiencia nos lo ha probado demasiado. Ciñanse los autores á nuestro país; hagan obras que sean puramente españolas, y de ese modo lo probable puede ser posible; el teatro no morirá, y el pueblo tendrá una escuela mas en donde aprender lecciones que sean provechosas á sus intereses morales.

SALVADOR MARIA DE FÁBREGUES.

Á LA NIÑA CONSTANZA QUELLER,

DESPUES DE MUERTA.

Naciste pura,
naciste hermosa,
y en tí natura
nos dió ostentosa
de su riqueza
muestra feliz;
y orgullo santo
tuvo tu madre,
y fuiste encanto
de amante padre
que alzó arrogante
fiera cerviz.

Mas ¡ay! que un hora
allá en la altura,
en donde mora
el alma pura,
habló la fama,
niña de tí;
y voz bendita
bajar parece;
«el mundo, grita,
no te merece,

en ángel vuela,
niña, hasta aquí.»

¡Dichosa tú, que naciste
de pureza entre las galas,
y el mundo hallando harto triste
ángel al cielo volviste
sin manchar tus blancas alas!

Dichosa tú, que ignorante
del placer y del dolor,
saliste de aquí triunfante,
con la mirada radiante
fija en un mundo mejor.

Y aun tu suerte llorarán,
y tu madre en loco anhelo
te llamará con afán.
Déjala, madre, en el cielo,
donde los buenos están.

No quieras que aquí en la tierra,
ya llorosa, ya abatida,
de penas mil combatida,
pase con su calma en guerra,
entre borrascas la vida.

¡Vé que hay horas de amargura
en que el alma se desprende
de todo bien y ventura,
y de ellas no se defiende
ni aun el alma mas pura!

¡Vé que la dicha se paga
cara en el mundo traidor,
y que la ilusion mejor,
nacida apenas, la apaga
el huracan del dolor!

Déjala, pues, donde moran
las perfectas almas puras;
allí sus ojos no lloran,
los que allí viven, ignoran
lo que son las desventuras.

¡Y si acaso de llorarla
sientes, pobre madre, antojos,
alza el alma á contemplarla,
y el deseo de envidiarla
irá secando tus ojos!

Si lo procurais con celo
tú y su padre, sentireis
grato, infalible consuelo,
y «¡bien estás, le direis;
los ángeles para el cielo!»

JOAQUINA BALMASEDA.

BOGOTOS.

EL VIVIDOR.

Existe en la coronada villa un tipo, que verdaderamente es cómico: me refiero al vividor.

El que hubiere permanecido algun tiempo en la capital de la España, de seguro ocasion habrá tenido de conocerle.

Voy á procurar describirle; intento retratarle. Desde este momento separo al vividor de chaqueta del que viste levita; aun cuando el primero represente las costumbres y usos del pueblo, en gracia á que el último estereotipa algo de lo que pasa en la buena sociedad: dejemos al uno que, aunque ingenioso, no pasa de vulgar en comparacion con el otro.

Si por acaso veis, caros lectores, un sujeto de finísimo porte, de atildado traje y reluciente bota, y le encontrais siempre en Fornos, con algun amigo se entiende, ó en la Castellana, cabalgando en un buen alazan, entre paréntesis prestado; si además procurais investigar las rentas que posee, los títulos de que es dueño, los sueldos que disfruta, y no averiguais nada, decid sin perder tiempo: *Ecce homo*: hé aquí nuestro hombre.

Merced al rostro satisfecho, á su boca, dibujando constantemente una sonrisa de desden y á su cabeza erguida, consigue introducirse por todas partes, pero generalmente donde no le llaman.

Si por casualidad le trataseis, hallariais amenidad en su conversacion, afabilidad y dulzura en el trato y unas maneras excelentes: se amolda á todos los gustos, con tal que espere recibir algun beneficio; de lo contrario es petulante, irascible y poco comedido.

Cuando departe con un hombre de bien, de esos que se dice están montados á la antigua, se desata en invectivas contra la corrupcion, en apóstrofes acerca de la vagancia: representa tan perfectamente el papel, que así cautiva un nuevo amigo, el cual no tiene inconveniente en ofrecerle casa, y muy frecuentemente mesa, que se apresura á aceptar.

Sucede lo contrario: ahora el interlocutor de nuestro protagonista es un jóven,

atolondrado, calavera, que en disipaciones consume un capital, ganado por un padre pródigo y ahorrador: aquí nuestro héroe discurre de otra manera; su espresion es mas viva y animada; coloca sus manos en las sisas del chaleco ó juguetea con el baston; su rostro jovial y expansivo atrae.

Narra al inesperto jóven calaveradas ingeniosas que le fascinan, y éste alucinado tiéndele una mano, que él checa con fruicion, diciendo entre dientes:

¡Hé aquí un negocio! ¡Valiente filon!

A cuantos halla al paso los cautiva, asegurando una explotacion mas ó menos productiva, de mayor ó menor duracion, pero al fin sujeta á un término fatal.

Veamos al vividor en su casa: un dia llega satisfecho, en una palabra, alegre; otro, mustio y cabizbajo, y la escena cambia.

Si el mueblista reclama por vez primera el alquiler del menaje de casa, con sonrisa capciosa le desarma, atrayéndole á su campo: cuenta con dolorido acento la cortedad de las cosechas, pinta con los colores mas lúgubres los malos años, y se manifiesta, en fin, como una providencia para sus imaginarios colonos.

—Buen amigo, dispénseme, le dice; á la mayor brevedad me pasaré por su casa; descuide, en pagando mis colonos.... (y miente como un bellaco.)

—En V. confio.

—Pierda cuidado, pues no gusto ver á los artistas reclamando deudas.

Nuestro alquilador de muebles despídese satisfecho, y no bien sale de la casa, ya el fámulo (bien educado por regla general) recibe la consabida consigna.

—No está en casa el señor: no puede recibir: vuélvase mañana.

Y de esta manera muelen y majan los huesos al desgraciado mortal á quien cupo la mala suerte de topar con tal sátropa.

Agrúpanse en revuelto turbion el sastre, el fondista, el almacenista de géneros ultramarinos, la modista, si es casado, (que rara vez lo es) el zapatero y otros mil industriales, á quienes siempre por el ventanillo responde la conocida voz del doméstico con la sacramental frase:

¡No está en casa! Cuando vuelva se le recordará.

Una vez conocido emigran á otro centro populoso, donde no le atisbe el ánima mal trecha y empedernida de los acreedores. Sin embargo, si bien á estos *personajes* puede aplicárseles el conocido proverbio de que *una golondrina no hace verano*, sucede tambien, y algo frecuentemente, lo contrario.

Pasan dias y mas dias, hasta un momento en que el sufrimiento de las víctimas del vividor llega á su fin. Entonces comienza la estrella, que antes le alumbraba, á eclipsarse; pero no es sin haber gastado, triunfado y derrochado por de contado lo ageno, y con estudiadas costumbres y falsas apariencias vivido á costa del prógimo.

Llegado este fin, lógico término de principio tan falaz, legitima consecuencia de unas premisas tan falsas, llega, repito, ú un nublado de palos que le muelen, destrozan y laceran las carnes, ó la dura alternativa de ser desnudado en público.

Bien dice el pueblo: *el que de ageno se viste en la calle le desnudan.*

VENTURA GALLEGOS.

EL JURAMENTO.

El lucero de la tarde
brilla en la azulada esfera,
y el astro augusto del dia
se oculta tras la alta sierra.
Avanzan las tristes sombras
amigas de los poetas,
ténue murmura el arroyo,
las aves de trinar cesan,
Arrulla la golondrina,
torna al apriesco la oveja,
inclina el sauce la frente
símbolo de la tristeza,
los secretos de las tumbas
comunicando á la tierra,
y en los brazos del reposo
se aduerme naturaleza.
Baja del monte cantando
mi dulce y amada Celia,
pura, tímida, graciosa,
y como la aurora bella.
Sobre su nevada espalda
su negro cabello ondea,
y el céfiro enamorado
su negro cabello besa.
Al pié de un árbol, sus hojas

estiende una enredadera,
y allí cuando el sol declina
bajaba yo á hablar con ella.
Conmovida y silenciosa,
triste á mi lado se acerca,
y con el alma oprimida,
cogiendo su mano tersa,
pronto partiré, la dije,
para lejanas riberas.
Bañó su faz una lágrima,
que el alma pura conserva,
y por los ojos se escapa
anunciando la tristeza.
Fijé la vista en el cielo,
y en mi amargura suprema,
su constante amor bendije
al pié de la enredadera.
Por mis pálidas megillas
corrió una lágrima acerba,
y ella la enjugó piadosa
con la punta de sus trenzas.
¡Jamás te olvidaré! dije;
¡Jamás! repitió la selva,
y hácia su casita blanca
se fué sollozando Celia.
Volvió á gemir el arroyo;
cruzó el ave la arboleda,
y yo quedé suspirando
al pié de la enredadera.

VÍCTOR CABALLERO Y VALERO.

LA MUGER Y LAS FLORES.

(CONTINUACION.)

La querida de un conde no puede vestir el traje y la papalina de griseta como la de un ayuda de cámara; por lo que Camelia usó vestidos de seda, sombreros, cachemiras, encajes y diamantes; tuvo coche y una habitacion lujosamente amueblada como la de su antigua ama y preceptora; y en una palabra, cambiando continuamente de amo como los caballos, imponiendo sus caprichos como leyes á la turba de jóvenes dispados que se disputaban su posesion, á la vuelta de un par de años llegó á ser una muger célebre en París, de esas que son conocidas con el nombre de *femme enjoué*, que han conseguido al fin que se las mire sin desprecio, pero tambien sin lástima. En eso pararon los propósitos de la que en su origen fué una hermosa flor, y concluyó por ser el emblema del desenfreno y del vicio. Así Alejandro Dumas, hijo, ha hecho de ellas patrimonio

esclusivo de las que, como su Margarita Gautier, brillan solo en la libre sociedad de la depravacion y del impudor.

¡Cuán diferente no fué la suerte de Dalia que no habia hecho los alardes de Camelia en seguir la senda de la virtud! Su modestia, su recato y su hermosura, cautivaron el corazon del hijo de su amo, jóven ingeniero que acababa de salir de la Escuela Politécnica. Persuadido de que Dalia valia mucho mas de lo que parecia, la hizo su esposa, y no tuvo que arrepentirse por ello, pues tuvo una compañera modelo de todas las virtudes, que procuraba con su buen proceder matar lo malo de la sociedad, que esta por desgracia acoge frecuentemente con la misma facilidad que lo bueno, si se lo presentan bajo la misma forma. Es que verdaderamente es esa la mision de la muger, sirviendo como áncora de salvacion cuando hija con su candor y pureza de sentimiento; cuando esposa con su recato, ternura y abnegacion, y cuando madre con el ejemplo de todas las virtudes que deben servir de norma á sus hijos. Mas volvamos á las flores.

La Hada, á quien debian su metamorfosis, comprendió todo lo que podian dar de sí, paseando la una triunfante su impudicia, y practicando la otra la virtud en el seno de la familia; quiso volverlas á su primitivo sér.

—Basta, Camelia, le dijo, tu voluntad ha sido breve tiempo el apoyo de tu constancia en la virtud. Vuelve á ser flor; pero desde hoy serás la favorita de las mugeres á cuya clase has pertenecido.

—En cuanto á tí, ¡oh Dalia! que con menos pretensiones has llegado adonde no han querido ir las que blasonaban de firme voluntad, continuarás siendo la reina de los jardines por tu lozanía y hermosura, como por el brillo de tu virtud lo has sido en la sociedad en que has vivido, oscurecida, pero admirada y respetada de los que no fijan su atencion en el falso esplendor del oropel del vicio.

VII.

LA MADRESELVA.

La señora de Alvarez era viuda de un oficial superior, y vivia en una pequeña pero linda casa de campo, á las inmediaciones de Valencia. Desde que perdió á su esposo, retirada de la sociedad que antes habia frecuentado mucho, pasaba su vida consagrada al cariño de su única hija, á la que idolatraba, si bien su amor de madre estaba dirigido por la razon.

Etelvina era una jóven que aun no contaba cinco lustros, y ya estaba casada con un hombre tan distinguido por su talento, como honrado por sus acciones. Etelvina se casó mas que por amor, por complacer á su mamá que deseaba, como todas las buenas madres, dejar bien colocada á su hija.

Las ideas de la hija de la señora de Alvarez marchaban con el siglo; se habia empapado de esas utopias propagadas por filósofos soñadores y estravagantes, que con la aparente filantropía de perfeccionar la sociedad, consiguen solo acrecentar su disolucion. Etelvina profesaba las doctrinas de la emancipacion del bello sexo, de la igualdad de derechos y otra porcion mas de absurdos que solo pueden caber en un cerebro enfermo, en una inteligencia dominada por el vértigo trastornador de las sociedades modernas. En el terreno de la práctica queria Etelvina aplicar esas teorías, y se proclamaba libre é independiente de la autoridad de su marido, lo cual era el origen de acaloradas discusiones entre los esposos, y como ella no queria reconocer el inapelable fallo de la razon y de la sana filosofía, acontecia con frecuencia que para darse á sí misma la satisfaccion de que se hallaba en todo el pleno uso de su libertad, abandonaba el domicilio conyugal para pasar largas temporadas en el campo en compañía de su mamá.

La señora de Alvarez, que tenia muy buen juicio, y que comprendia y aceptaba las cosas de la manera racional que las explica todo el mundo, deploraba en su interior el estravío de su hija, con la que habia discutido ampliamente, lo que podia ser, considerado como el principio fundamental de la infelicidad de la muger que viva entregada á semejantes errores. Todo fué en vano. Etelvina no habia querido confesarse vencida, ni por la incontestable lógica que su marido habia empleado para refutar sus erróneas teorías, ni por la sencilla pero convincente argumentacion de su madre. Insistia en que la muger puede y debe vivir sin necesitar el apoyo del hombre, y que le basta con su educacion y con su virtud, para ser considerada y respetada en la sociedad.

En una bella tarde del mes de Junio, encontrábase la señora de Alvarez y su hija en un verde cenador situado á las espaldas de la alquería que la primera habitaba. La anciana pasaba el tiempo haciendo calceta, sentada en una silla rústica, mientras Etelvina muellemente recostada en una butaca mecedora, paseaba sus miradas distraida por

las columnas de un periódico que en la mano tenía.

—Mira, mamá, dijo, tu vecino el general S... ha dado una gran fiesta en su quinta, sabe que yo estoy aquí contigo, y sin embargo no me ha convidado á su baile. Este periódico trae una detallada descripción de los nombres y trajes de todas las que asistieron ¡Cuánto siento el no verme contada en ese número!

—No lo estrañes, hija mia, contestó la señora de Alvarez, pero para el general que no profesa tus ideas, la muger sin el marido no supone nada, y como el tuyo no está aquí contigo, habrá creído que sería deprisivo para él convidarte á tí sola.

(Se continuará.)

SALVADOR MARÍA DE FÁBREGUES.

EL TRABAJO.

I.

El trabajo ocupa en la vasta industria humana el primer lugar; sin él sería imposible toda producción; las riquezas, si las hubiera de antemano, no podrían conservarse, mucho menos aumentarlas, estinguéndose por completo, por el gasto que se opera diariamente para satisfacer las apremiantes necesidades de que se vé rodeada la humanidad entera. El trabajo es el que proporciona al hombre los medios de cubrir sus necesidades y asegurar su subsistencia; la civilización, la prosperidad y desarrollo de las naciones, está en razon directa del desenvolvimiento del mismo; su buena organización es la base principal de toda sociedad.

Para ver los admirables efectos del trabajo, habria que estudiarle detenidamente bajo las diversas formas que afecta en sus infinitas manifestaciones; pero esto sería objeto de una estensa obra, en donde se estrellarian nuestras débiles fuerzas y escasos conocimientos; por eso creemos mas conveniente desgajar una de las ramas del gran árbol del trabajo, y estudiar su estructura general primero, y disgregando luego cada una de sus partes, examinarle como agente principal obrando sobre los demás elementos que entran en toda producción, escogiendo para ello la industria en grande, conocida generalmente con el nombre de *industria manufacturera*.

II.

Antes de entrar de pleno en este exámen, veamos la organización que tiene hoy día la

grande industria, los elementos que vienen á constituirla y el lugar que cada uno de ellos ocupa.

Tal cual la vemos organizada diariamente, se distinguen perfectamente tres elementos diversos, que son:

El capital.

El trabajo intelectual.

El trabajo material ó mano de obra.

Estos tres elementos son la esencia misma de toda industria humana; tal es así, que es imposible hasta el día, concebir la organización de cualquier industria que esté constituida bajo otras bases; pero tambien diremos que esta organización no es apreciable por todos, ni siempre á primera vista.

La industria agrícola, por ejemplo, presenta un sinnúmero de casos, en donde el capital y la mano de obra se confunden en una misma persona. En este caso se encuentran todos los pequeños propietarios, que son numerosos, tanto en España como en el extranjero, porque la propiedad está muy dividida. La misma industria agrícola no presenta casi ningun ejemplo en donde el trabajo intelectual esté separado de los otros elementos; mas sin embargo de esto la ciencia siempre señala tres agentes en esta industria.

El empirismo mas déspota y la rutina mas ciega son todavia los únicos guías del trabajo en la industria agrícola, en la que el progreso tan solo avanza con paso lento y desconfiado.

La grande propiedad tambien ofrece, como la industria manufacturera, el ejemplo de los tres elementos separados; mas esto es bien raro en nuestro país, en donde, como hemos dicho arriba, está muy dividida la propiedad.

La industria en *detalle*, ó en pequeño, destinada á socorrer las necesidades de los jornaleros, presenta frecuentemente los tres elementos confundidos en un mismo individuo, que es á la vez capitalista é inteligente obrero; pero ordinariamente se vé, que esta industria se desarrolla, tomando proporciones considerables, y entonces los tres elementos tienden á separarse.

En todos los casos es pues incontestable, que la division indicada de las funciones industriales, es la esencia, el alma de una buena organización, que tiende cada día mas á generalizarse, y que hoy día se vé patentemente en la industria manufacturera.

Los tres elementos de que venimos ocupándonos, son todos igualmente indispensables en una buena organización industrial,

y es imposible separar uno, sin que caiga por su base toda producción; sin embargo hay situaciones respectivas que interesa precisar.

Hecha, pues, esta síntesis del trabajo, aunque á la lijera, pasemos desde luego á hacer el análisis de los elementos primordiales en toda industria. Los examinaremos tal como existen al presente, y como los conoce cada uno, sin que nos remontemos á averiguar su origen, ni á entregarnos á un estudio teórico del capital y el trabajo; esto es, del dominio de la economía política, y aunque el exámen que nos proponemos hacer, toque muy de cerca los límites de la ciencia económica, no nos separaremos del círculo que abrazan los hechos actuales, valiéndonos tan solo de la teoría para hacer mas evidentes nuestras aseveraciones.

(Se continuará.)

ANTONIO CIRUGEDA RUIZ.

RECUERDOS DE GLORIA.

I.

LA BATALLA DE LEPANTO.

(Día 7 de Octubre de 1571.)

Notoria injusticia y pobreza de amor pátrio sería no conmemorar las gloriosas efemérides que cual timbres de alta prez enaltecen nuestra historia.

Por mas que el recuerdo de ellas viva perenne en la memoria de algunos séres, que se enorgullecen, sino de nuestro presente de nuestro pasado, hay otros de tan pobre espíritu á quienes es preciso recordárselo, y eso nos proponemos hacer nosotros de hoy en adelante, destinando un lugar de nuestra revista á narrar aquellos hechos dignos de perpetuarse en la memoria y en el corazón de los buenos españoles.

Empezaremos esta serie de artículos por la gran epopeya de que fué héroe el jóven é invicto D. Juan de Austria, que en Lepanto domó la osadía de los agarenos. Diremos antes dos palabras sobre el vencedor.

Hijo natural del gran Carlos I, habido en amorosas relaciones con una dama de alta alcurnia, aunque atribuida su maternidad á Bárbara Blomberg, nació en Ratisbona el 24 de Febrero de 1538. Destinado desde su nacimiento á seguir la carrera de la Iglesia por su hermano Felipe II, debió el consagrarse á las armas á la energía de su padre, que se opuso á que D. Juan fuese violentado en la

elección de carrera. Estudió las ciencias y conocimientos militares en compañía del príncipe de Parma Alejandro Farnesio, sobrino suyo, jóven de su misma edad, teniendo ambos por directores á los mas célebres generales españoles. D. Juan se encontró al poco tiempo en disposición de mandar un ejército, é hizo su ensayo arrollando la insurrección de los moriscos de las Alpujarras, á cuyo gefe Aben-Humeya derrotó por completo en 1570 en los campos de Munda, antiguo teatro de la victoria de Julio César. Pero la página mas gloriosa de la vida de D. Juan, es Lepanto, y de ella vamos á hablar.

El impetu dominador de los turcos, que habian conquistado la isla de Chipre, amagaba hacer otro tanto con todo el litoral del Mediterráneo, cuyas costas saqueaban con frecuencia los piratas berberiscos. Formóse una liga para combatir el formidable poder de los mahometanos, en la cual entraron España, Roma y Venecia, y D. Juan fué nombrado generalísimo de ella. Tomó el mando de la armada coaligada, llevando por segundos á Doria y Colona, generales de las otras naciones, y por sus tenientes al marqués de Santa Cruz, al comendador Requesens y á Alejandro Farnesio. Salió del puerto de Mesina el 16 de Setiembre, mandando 208 galeras, 6 galeazas y 57 fragatas, é hizo rumbo hácia el golfo de Lepanto, donde le esperaba la armada turca, compuesta de mas de cuatrocientas naves y mandadas por el feroz Ali-Pachá, Vechali, Hassam, Siroco, Mahomet y otros, célebres por sus piraterías y crueldades.

Trabóse el combate, hábilmente dirigido por D. Juan, que tomó parte en él peleando cuerpo á cuerpo y matando por su propia mano á Ali-Pachá, generalísimo de los turcos; y su resultado fué la victoria de la armada cristiana, que apresó 130 naves, echando á pique otras tantas; mató 25.000 turcos é hizo 10.000 prisioneros, rescatando 20.000 cautivos. La pérdida de los cristianos consistió en 17 galeras echadas á pique, 7.000 muertos y 2.000 heridos, entre los que se contó el inmortal autor del *Quijote* Miguel de Cervantes Saavedra, que lo fué en el pecho y en la mano izquierda, de la que quedó privado.

Tales son los principales detalles que la historia registra acerca del glorioso hecho de armas que hace trescientos años llevó á cabo D. Juan de Austria, cuando contaba solamente treinta y tres de edad.—F.